

## PRÓLOGO

Un aire mitológico ha rodeado siempre el delta del Guadalquivir. Como joven artista y ornitólogo era mi destino más codiciado en Europa, un lugar hermoso y salvaje con águilas imperiales, buitres, espátulas, lince y otras especies exóticas, un lugar que uno desearía ver al menos una vez. En mi adolescencia también adquirí el gusto por la guitarra flamenca y el nombre de El Rocío encarnó el verdadero espíritu de esta forma de arte. Yo vivía a 3.500 km al noreste de Andalucía y en la fría Suecia imaginaba un paraíso llamado Coto de Doñana

Un frío día de diciembre, en 1974, entré en las oficinas de Paraguay 1, en Sevilla, a buscar un permiso para permanecer durante algunas noches en el Parque. Con gran esperanza, unas horas más tarde, tomé el largo y estrecho camino en dirección al Palacio y fue como entrar en otro mundo, un mundo de tranquilidad donde el tiempo se detenía y la naturaleza gobernaba. Doñana estaba en su etapa invernal, sin turistas ni algunas de sus espectaculares aves, pero me causó una fuerte y permanente impresión. Vi, sin embargo, mi primera águila imperial. Volví al cabo de unos años, en mayo. Una tarde estaba observando unos chotacabras pardos cazar sobre las jaras contra un cielo rojizo, cuando, de repente, se escuchó un agudo chillido. Unos segundos más tarde, la silueta de un lince cruzó la polvorienta carretera con un conejo en sus fauces; una impresión que cumplió todos los sueños de la Doñana que había imaginado.

Para mucha gente, la "naturaleza" como se muestra en películas y libros, es abrumadoramente rica e imágenes impresionantes se suceden. El Coto de Doñana es uno de esos escasos lugares donde el sentimiento de una prístina riqueza natural aún prevalece. Sin embargo, para un naturalista o un artista, es a menudo horas de espera mientras lo único que permanece a la vista son

especies comunes o simplemente el paisaje. Las escasas y más espectaculares especies como el águila imperial y el lince son, ciertamente, las joyas de la corona de Doñana, pero son más bien indicadores de la calidad del ecosistema que representan. Las áreas que pueden albergar depredadores de alto nivel, suelen ser áreas muy importantes durante todo el año para todas las especies comunes, que constituyen la mayoría de las observaciones habituales de fauna. El ansar común que paca en la marisma o las avocetas que se alimentan en los estuarios de Doñana, retornarán a la costa de Gotland donde vivo. El Coto de Doñana es un verdadero tesoro cuya importancia se extiende más allá de la frontera española.

Juan Varela es un colega y amigo a quien he tenido el privilegio de conocer, tanto pintado juntos en los campos extremeños como compartiendo más de una copa de Rioja en los bares de tapas de Madrid. Ambos adoptamos una filosofía a la hora de pintar la naturaleza que nos ha reunido, y que compartimos con notables artistas en Europa y en todo el mundo. Pintar es tanto un acto de estar presente en el momento, como un acto de crear arte, a través del compromiso con el mundo natural y el deseo sincero de comunicar la fascinación que experimentamos mientras observamos aves, animales, insectos y su hábitat natural. Se trata de estar allí y tratar de captar el momento en el tiempo y el espacio. Juan combina un profundo conocimiento de los motivos con una aguda mirada y una maravillosa técnica de acuarela. Es a menudo lo inesperado o las observaciones fuera de lo espectacular, las que atrapan el ojo del artista. A través de sus pinturas, dibujos y breves comentarios, nos permite experimentar silenciosamente el singular entorno del territorio entre el mar y la tierra. Es una maravillosa experiencia.

Lars Jonsson  
Hamra, Gotland.  
February 2010